

EL OLVIDO IMPOSIBLE

A 16 de septiembre, del Año de Gracia de Nuestro Señor de 1440

A Jimena Menéndez de Hurtado, génesis de mi martirio, Alfa y Omega de mi vida

La duda corroe mi ánimo, pues deseo que mis pensamientos lleguen a vuestra merced, mas no quisiera ponerlos en ningún aprieto. Me debato entre llamar a un mandadero y hacer que esta epístola abandone los muros de esta abadía, o consumirla para siempre en la llama que alumbra la estancia. Tampoco tenía fe en que las palabras salieran de mi cabeza, y aquí están, surgiendo de la pluma y bailando bajo la danzante luz del cirio.

El hambre y la sed consumen mi espíritu, el frío lacera mis huesos, mas el vacío de mi corazón, un pellizco eterno en mi pecho, duele con ahínco, afincado en mis entrañas, como una herida profunda que supura desesperanza y locura.

La vergüenza y la cobardía han impedido que me quite la vida, el mayor pecado que existe. Huí, pedí que me arrastraran a otra parte. Se apiadaron de mis súplicas y ahora deambulo por solitarios pasillos como un alma en pena, y me consumo en mi nueva celda, un ataúd de fría piedra, un túmulo civilizado en el que, vigilia tras vigilia, aguardo el Fin de los Días, mi propio Adviento.

Ignoro mi paradero. ¿Qué importa? Solo espero que lejos de ti, lejos de mi sufrimiento... Pero cuando la quietud me envuelve y el silencio se torna tan plúmbeo y pegajoso que me cuesta respirar, amortiguado por la distancia se escucha el rumor del mar, el rítmico y lejano batir de las olas. Su sonido me abraza y me acuna, me adormece a pesar del picor que me produce el desgastado hábito.

La comida me la empujan bajo la puerta, y apenas la he probado desde que llegué, ningún ayuno fue nunca tan tormentoso. No quiero ver a nadie... Todo me recuerda a ti. Sin embargo, es en vano, tú sigues perenne dentro de mi cabeza, pues hasta en la oscuridad sempiterna de las esquinas que me rodean, veo tu cabello azabache o tu decidida mirada, negra como una noche sin estrellas.

Las campanas llaman a la oración, cada tañido una daga que se incrusta en mi corazón. Después, una letanía que me arrastra a la culpa, el rumor de un himno sagrado que me rememora mis votos destrozados.

A mi mente acude con frecuencia el primer día que te vi. Yo estaba en la parte alta de la Iglesia de Santa Eulalia, y tú entraste precedida por tus padres, con ese andar tan

armonioso que te llevó flotando hasta el desgastado banco frente al altar. No pude dejar de mirarte.

Aguardé con ansia la siguiente misa y, tras excusarme con mis acompañantes, me situé cerca de ti, temiendo que en cualquier momento te evaporaras o salieras volando como una tímida alondra. Me encontré entonces con tus ojos negros, que me atraparon como un pozo, con tus orejas pequeñas y tu graciosa nariz, con tus elegantes gestos y el delicioso rictus con el que atendías la homilía. Tu largo cabello, recogido en trenzas que rodeaban tu despejada frente, parecía un nimbo de obsidiana en la cabeza de un ángel.

Después de una luna, me armé de valor y te abordé. Tu voz inundó mi alma como un arroyo fresco riega los campos en primavera. Descubrí que el espíritu que guardas en tu menudo cuerpo es inquieto y risueño, tierno y dulce, sutil e inteligente. Descubrí con deleite que correspondías mi interés. Descubrí el éxtasis cuando sellaste nuestro arcano con un tímido beso de despedida que quemó mi rostro como el fuego...

Empero, tal y como escriben algunos, el amor también trae dolor. Mi pecho se vació durante las siguientes semanas que no acudiste, una espera interminable que me atormentaba desde el alba hasta el ocaso.

Me visitaba la culpa, que enroscada como una serpiente en torno a mi voluntad, me empujaba a una eterna disyuntiva entre tú y Dios, que como un terremoto, sacudió los cimientos de mi fe. Aguanté, pese a que los vientos de la duda arreciaban, ¿por qué iba a regalarnos el Creador algo tan bello como el amor sin que pudiéramos compartirlo con él? ¿Acaso no es el amor tan poderoso como la fe? El Todopoderoso lo entendería y me apoyé en su Bendición para fraguar una determinación que me haría entregarme a ti, luchar por un futuro junto a ti.

Mas seguía sin verte, y durante tu ausencia creí conocer el amargo sabor del desamor, nada comparado con el estrago de mi alma cuando te vi aparecer con tu prometido. ¿Cómo supe que lo era? Esas cosas se saben.

No hemos vuelto a hablar. Regresé a la parte alta de Santa Eulalia, con el reproche de mis acompañantes, mientras anhelaba una fugaz mirada tuya, un gesto de complicidad o, incluso, de desprecio. Nada.

La locura me acechaba. Con la promesa de olvidarte, acudí a tu casamiento entre la muchedumbre que abarrotaba el templo. Después, por si no fuera suficiente tal tormento, en la solitaria imaginación de mi celda fantaseé con tu noche de bodas. El dolor se mezcló con delirio al pensar en cómo sería acariciar tu cuerpo, perderme entre

los recovecos de tu nívea piel, saborear tus labios, oír tu risa en la intimidad de una alcoba...

Comprendí que no soportaría volver a verte. Hay olvidos imposibles.

Dios, en su infinita misericordia, me ha vuelto a acoger en su seno, y algunas certezas cristalizan en mi mente. La tierra aguarda a nuestros cuerpos, que se marchitarán bajo ella, pero ¿dónde irán los recuerdos? ¿Seguirán con nosotros cuando atravesemos las puertas del Cielo o del Averno? El mero hecho de que así pudiera ser, es suficiente consuelo para mí, porque, a pesar del dolor, a pesar del sufrimiento, me siento agradecida de que Dios te haya puesto en mi vida.

Te añora y te desea una vida plena, la hermana Cecilia de Guzmán.

Amante de las letras